



---

# GONZALO VILLA CHÁVEZ, INTRODUCTOR DE LA TEORÍA DE LA RESTAURACIÓN CONTEMPORÁNEA EN EL OCCIDENTE DE MÉXICO

IGNACIO GÓMEZ ARRIOLA  
Centro INAH Jalisco

La labor en pro de la recuperación de la herencia arquitectónica de México ha sido una actividad difícil, construida lentamente por numerosos interesados y especialistas, quienes han contribuido de una manera o de otra, a lo ancho de la geografía nacional, a la preservación de los testimonios legados por nuestros antepasados. Realizar este poco apreciado trabajo en regiones alejadas del centro, zona con un mayor acceso a información o reconocimiento, representa un doble reto. Son algunos pioneros que en las diferentes comarcas de la mal denominada *provincia mexicana*, han ofrecido una verdadera batalla por la defensa del patrimonio urbano y arquitectónico. Don Federico Sescosse en Zacatecas fue uno de ellos. Gonzalo Villa Chávez en la región Occidente otro más de estos personajes insignes.

En la labor del arquitecto, la reivindicación de la identidad local se manifiesta en el redescubrimiento y valoración para sí, y para la colectividad, de los testimonios de la arquitectura del pasado, como una válida y vigente forma de apropiación de las raíces que dan sentido a nuestra existencia, y que fortalecen lo que somos en la actualidad. En la región Occidente del país, la valoración y el reconocimiento de un patrimonio arquitectónico olvidado y despreciado por la generación anterior, tienen en Gonzalo Villa un pilar fundamental.

La *reanimación* de la herencia arquitectónica, como a él le gustaba denominar a esta disciplina, planteada como un medio para fortalecer la memoria colectiva y el sentido de pertenencia a un sitio, constituyó una de sus preocupaciones esenciales, y una de sus pasiones vitales. El rescate del legado construido, como un espejo en el que se mira y reconoce el ciudadano, y como una manera viable para fijar la identidad local.

Toca a Gonzalo el raro privilegio de introducir, en el Occidente mexicano, la teoría contemporánea de la restauración arquitectónica, aprendida de las fuentes originarias y ser, a través de su obra y discurso público, el punto de inflexión entre la corriente de destrucción de la arquitectura histórica —en aras de una dudosa modernidad desatada a

partir de la segunda mitad del siglo XX por un numeroso sector de la sociedad—, y la concientización ciudadana, que permitió posteriormente la recuperación del patrimonio edificado.

Villa Chávez, como muchos otros artistas e intelectuales jaliscienses, de pronto encuentra limitadas sus posibilidades de crecimiento en Guadalajara y termina rindiéndose ante el denso influjo de la capital del país. Para buscar nuevos senderos, decide trasladarse a la ciudad de México en 1961. El trato con el círculo de los *jalisquillos*, jaliscienses radicados en el Distrito Federal entre los que se contaban sus paisanos escritores Juan Rulfo y Juan José Arreola; los pintores Jesús *Chucho* Reyes Ferreira y Juan Soriano; sus contemporáneos, los arquitectos Fray Gabriel Chávez de la Mora y Andrés Casillas de Alba; además de su maestro Mathias Goeritz o el pintor colimense Alejandro Rangel Hidalgo, lo conducen a acercarse a la valiosa arquitectura producida por Luis Barragán. Acompañado de su amigo Andrés Casillas, colabora temporalmente en el taller de Tacubaya. Curiosamente esta experiencia laboral, según rememoraba años después, no lo marcó en forma significativa según confesaba, pues “no se halló”, no se acomodó con la forma parsimoniosa y “dubitativa” en que el maestro enfrentaba el diseño de los espacios.

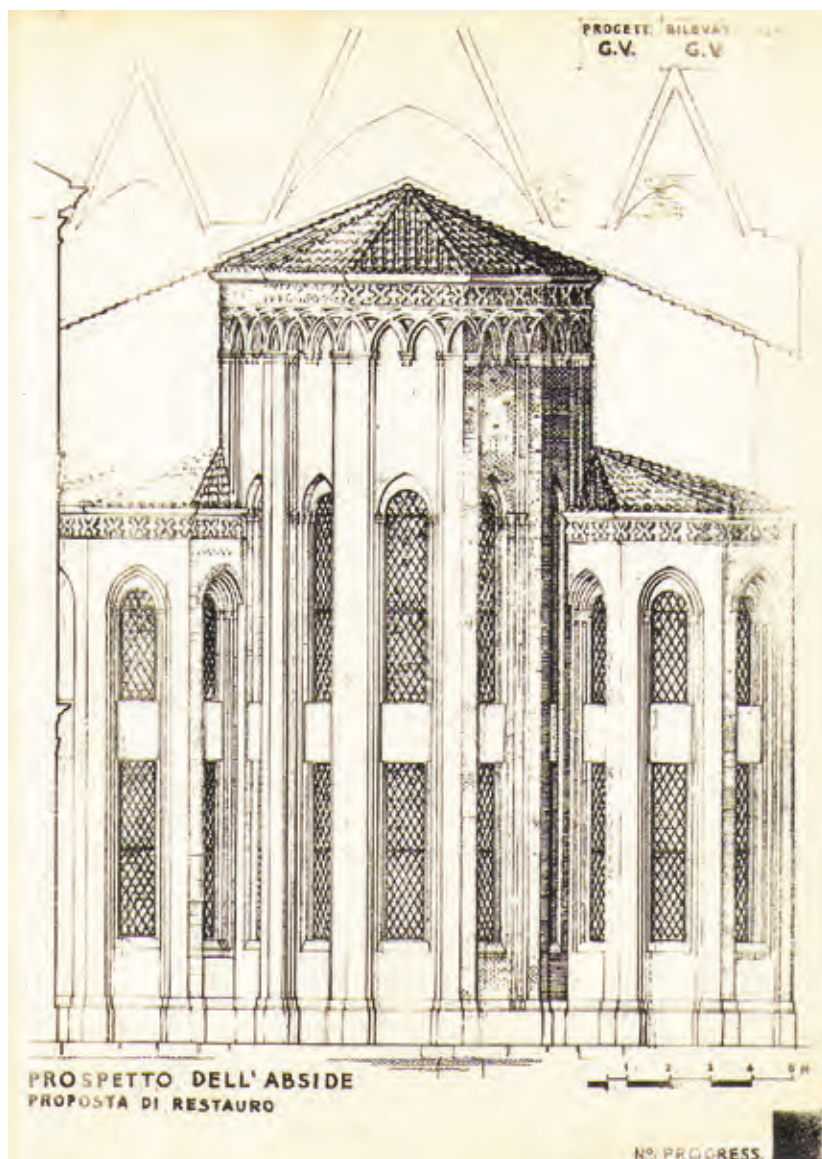
A finales de 1966, ante la ausencia de estudios consolidados sobre restauración en México, se impone con especial audacia el reto de aprender esta disciplina en el país que se consideraba entonces, como la meca de esta especialidad, Italia. El periodo que toca vivir a Villa Chávez, tanto en Roma como en Venecia, fue de una vivaz discusión teórica y práctica, respecto a cuáles deberían ser las directrices y los parámetros válidos para la preservación de la herencia edificada.

En medio de ese estimulante ambiente, ingresa en 1967 en la *Scuola di Perfezionamento per le Studio e il Restauro dei Monumenti*. A principios de 1968 inicia una intensa y fructífera relación con el más importante restaurador y teórico de la conservación de ese momento, el veronés Piero Gazzola. Gazzola fue el principal animador y redactor de la célebre *Carta de Venecia*, así como el fundador y primer presidente del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS).

Por invitación e iniciativa de Gazzola, se traslada a la región del Veneto italiano para trabajar en la *Soprintendenza ai Monumenti de Venezia*, integrándose al equipo de trabajo internacional auspiciado por la UNESCO para realizar una profunda investigación sobre el *Estado de Conservación y Revitalización de los Edificios Sacros de la Ciudad de Venecia y su Estuario*, que buscaba entre otros objetivos revertir los deterioros causados por la gran *Acqua Alta* o inundación ocurrida en 1966.

Una faceta poco conocida y explorada en la obra restaurativa de Villa Chávez, y que lo forja como un caso atípico en el medio mexicano de la preservación patrimonial, es la influencia inicial, derivada de la relación directa que tuvo con dos importantes arquitectos italianos durante su prolongada estancia en el Veneto, y que ayuda a entender la actitud que asumió durante su madurez profesional, que fluctuó entre el rigor metodológico y la exploración de la libertad creativa, como aportación válida al bien patrimonial.

Esta actitud, aparentemente contradictoria, fue asumida en forma casi simultánea. En el extremo riguroso, al lado del teórico italiano Piero Gazzola, con quien trabajó en forma directa. En el extremo del sentimiento lúdico, por el contacto directo y en el análisis, de los ejemplos realizados por uno de los arquitectos más relevantes del siglo XX europeo, Carlo Scarpa quien en ese momento estaba desarrollando algunas de sus más radicales intervenciones sobre el patrimonio histórico.



Es hasta su retorno a Guadalajara, en los albores de la década de 1970 y al inicio de su actividad pública, que comienza a revertirse la tendencia acrítica de sustitución y fragmentación de la armonía presente en la ciudad centenaria para *refuncionalizarla*, sin tomar en cuenta los valores culturales y el sentido de pertenencia e identidad que otorga la preservación del patrimonio edilicio. La obra de restauración -en ejemplos paradigmáticos del patrimonio arquitectónico- emprendida por este profesional en un arco de 30 años, particularmente en Jalisco y Colima, marcó en forma definitiva la fisonomía de la urbe y delineó la ruta por la que transita la conservación actual del legado histórico de la región Occidente de nuestro país.

Las contribuciones al patrimonio colectivo del Occidente del país legadas por Villa Chávez, se distribuyen a lo largo de un arco de 45 años. Las primeras colaboraciones en la *Cruz de Plazas* tapatía en el año de 1956, donde aún el ciudadano se refresca en sus fuentes y descansa en aquellas bancas que todavía se siguen reproduciendo, y que continúa con el trabajo realizado en innumerables edificios públicos de carácter patrimonial de Nayarit, Jalisco, Michoacán y Colima; el Museo Regional

de Guadalajara; la espléndida Pinacoteca de Colima; el Hospicio Cabañas; el Palacio de Gobierno de Jalisco; la Biblioteca Iberoamericana; o la ex hacienda de Nogueras.

Prosigue con sus aportes a la arquitectura, que transitan por los monumentos públicos en que colaboró con otros artistas, continúan por las fuentes en entornos urbanos hasta llegar a la frescura y alegría presente en las casas colimenses de sus últimos años. Su fe religiosa y espíritu ascético, casi franciscano, deja testimonio en el gracioso e íntimo hospital de indios de Huentitán el Bajo, en el colimense templo del Carmen o en la sencilla Casa Nazaret, muy cerca de Comala.

El principal "milagro" atribuible a este hombre, intencionalmente humilde, es la concientización ocurrida en la comunidad de esta parte del país, respecto a la imperiosa necesidad de conservar lo que aún queda de su rica herencia construida. Gracias a su labor, pública y persistente, gota a gota fue penetrando hasta que la nueva generación terminó reconociendo estas enseñanzas y al terco profesor. La noción pregonada por él entre la



Federico Sescosse,  
su esposa y  
Gonzalo Villa,

sociedad civil y las autoridades, acerca de la importancia del patrimonio edificado como parte sustancial de la herencia cultural de la comunidad, fomentó la actitud crítica y honesta en su defensa y que se evidencia en los monumentos restaurados, poniendo los cimientos y abonando el terreno, para lograr un proceso de incorporación gradual de leyes y reglamentos de carácter estatal y municipal sobre la materia. Gracias a ello, hoy tenemos más y mejores herramientas para enfrentar este reto.

Gonzalo Villa fue uno de los últimos y más talentosos exponentes, en México, de la arquitectura dibujada a mano. Una especie de individuos condenada irremisiblemente a la extinción, en un medio plagado de computadoras y programas informáticos, que sustituyen la habilidad manual y la artesanía del oficio de arquitecto. Un hombre dotado excepcionalmente para tareas que actualmente no se enseñan, y lo que es aún peor, no se valoran.

En el trabajo diverso y ejemplar de Gonzalo Villa Chávez se perciben los valores de un gran humanista: la esperanza de que las cosas puedan y deban ser mejores. Una batalla cotidiana para practicar el código ético, al que fue fiel durante su larga carrera.

Gonzalo un hombre bueno, que tuvo la inusual virtud de provocar cambios en el entorno que le tocó transitar y, por si fuera poca cosa, en la vida de quienes tuvieron el privilegio de trabajar junto a él. ❁